

Protestantism and State Formation in Postrevolutionary Oaxaca

Por Kathleen M. McIntyre 2019, University of New Mexico Press Press, Albuquerque, 277 pp.

Rocio Guadalupe Bravo-Salazar^a

En seis capítulos detallados de su libro, Kathleen McIntyre, doctora en Historia por la Universidad de Nuevo México y profesora en el Departamento de Estudios de Género y de la Mujer en la Universidad de Rhode Island, analiza las intersecciones entre la identidad étnica indígena, las identidades religiosas católicas y protestantes, así como las nociones de nación, género y tradición en el proceso postrevolucionario de consolidación del Estado-Nación mexicano. La idea principal que atraviesa el libro es que las comunidades indígenas rurales oaxaqueñas han sabido utilizar el vacío de poder que el desinterés de administraciones estatales y eclesiásticas, sumado a su complicado acceso geográfico, les ha acarreado, para mantener altos grados de autonomía interna, tanto cultural como política.

El libro inicia con un análisis de los esfuerzos iniciales realizados por los misioneros protestantes para atraer seguidores dentro de las comunidades indígenas oaxaqueñas. En el contexto del siglo XIX, estos misioneros hallaron condiciones propicias gracias a las Leyes de Reforma de inclinación liberal, las cuales restringieron significativamente el poder político y social de la Iglesia Católica.

En el capítulo introductorio, McIntyre detalla cómo la identidad étnica indígena oaxaqueña está intrínsecamente vinculada a una versión particular de catolicismo,

impregnado de folklore, que prevalece en los pueblos de Oaxaca. Este fenómeno no es exclusivo de Oaxaca, sino que se observa en diversas regiones del país. Durante el siglo XIX, surge una figura de "Iglesia popular católica", tal como McIntyre la denomina posteriormente en la página 133, que se refiere a la manifestación de la fe católica a nivel local y regional, en la cual se integran y se asimilan tradiciones y culturas autóctonas, vinculándose de este modo con la identidad nacional mexicana. Este entrelazamiento de identidades étnicas, nacionales y religiosas da lugar a una configuración identitaria que se contrapone a la influencia de la religión protestante, esta última frecuentemente asociada con una identidad extranjera, predominantemente estadounidense.

Dentro del imaginario colectivo mexicano, las incursiones de los pastores protestantes son percibidas como intentos de minar la unidad nacional y de incrementar las pérdidas territoriales de México. Este sentimiento generalizado podría explicar por qué, durante este periodo, el protestantismo logra un alcance limitado, representado principalmente por sectores de la clase media y con una presencia numérica reducida.

En el mismo capítulo, basándose en el célebre trabajo del académico suizo Pierre Bastián, McIntyre describe cómo los primeros protestantes mexicanos abrieron el camino a

^aUniversidad de la Sierra Sur, Instituto de Estudios Municipales.
Correo electrónico: rocio.bravo@unsis.edu.mx

la Revolución Mexicana, vinculándola con el desarrollo económico y proyectos educativos y de asimilación dirigidos a las comunidades indígenas, dentro del marco de la nación mestiza.

Para 1920, una parte importante de la élite gobernante, proveniente del norte del país, se identificaba como protestante y, desde sus posiciones políticas, facilitaron la incursión de los misioneros protestantes. Estos buscaban la conversión de los indígenas mientras los asimilaban al proyecto de desarrollo y construcción nacional. Como resultado de esta segunda ola de esfuerzos de misioneros protestantes norteamericanos, surge una figura interesante: el mártir protestante. En el segundo capítulo del libro, a través de entrevistas e historias orales, McIntyre narra la historia de Samuel Juárez García, pastor bautista originario de Tlacoahuaya, como ejemplo del nuevo mártir indígena: protestante y patriota mexicano.

Juárez García, fue llevado fuera de su comunidad a temprana edad para ser educado en el norte del país por la Iglesia Bautista. Regresó a su comunidad para predicar los valores de su nueva fe, promoviendo el desarrollo económico, la alfabetización, la sobriedad, y la adquisición de oficios. Todo esto estaba en línea con los planes nacionales para incorporar a los indígenas al proyecto de construcción de la nación mestiza mexicana, y en sintonía con los valores promovidos por servidores públicos estatales y misiones culturales asignadas por el gobierno. No obstante, Juárez García fue eventualmente asesinado por miembros de su comunidad, con mujeres católicas participando activamente en este acto de violencia.

En este contexto, el examen de la figura emergente del nuevo mártir protestante es esencial para desentrañar las dos narrativas construidas en torno a los ejes de pertenencia étnica, religiosa y nacional. Durante este periodo, hay un consenso

entre los protestantes y el gobierno postrevolucionario, quienes conciben la identidad religiosa católica, tanto popular como indígena, como un factor contribuyente al "atraso" nacional. Este consenso da lugar a un discurso que vincula dicha identidad con aspectos negativos como la superstición, idolatría, fanatismo religioso, ignorancia, y profanidad. Estos elementos, a su vez, se manifestarían en altos niveles de alcoholismo y en gastos exorbitantes incurridos durante las constantes fiestas patronales, situaciones que perpetuarían el estado de pobreza económica en estas comunidades. Frente a este discurso dominante, las comunidades indígenas a menudo responden con actos de violencia, como una reacción defensiva ante lo que perciben como una intrusión a sus valores y tradiciones ancestrales.

Las percepciones divergentes sobre identidad religiosa, étnica y nacional se encuentran en el epicentro de conflictos religiosos, donde distintos actores pugnan por ejercer influencia en los espacios públicos. En el tercer capítulo, McIntyre articula el argumento central de su obra, señalando que los niveles de poder estatal en México, tanto federal como estatal, poseen una capacidad limitada de intervención en las municipalidades que operan bajo Sistemas Normativos Internos (anteriormente conocidos como Usos y Costumbres). En estas áreas, los residentes no solo están armados sino también dispuestos a defender y negociar la autonomía, ya sea *de facto* o *de jure*, que han ejercido desde la era colonial. Para fundamentar su argumento, la autora examina varios casos de conflictos religiosos donde los adherentes protestantes experimentan violaciones de Derechos Humanos en sus comunidades de origen, que van desde la negación de servicios públicos o el usufructo de bienes comunales, hasta el encarcelamiento o expulsión de sus pueblos. Frente a estos actos violentos, los protestantes se resguardan con el apoyo de entidades nacionales, como el

Comité Nacional Evangélico de Defensa. Aunque esta organización fomenta una identidad protestante que trasciende lo local, su eficacia es limitada cuando se trata de restituir derechos y propiedades a los afectados. En este segmento, McIntyre explora las intersecciones entre la ley positiva consagrada en la Constitución mexicana, las costumbres y prácticas locales —que desde 1998 también poseen estatus de ley positiva en la Constitución de Oaxaca—, las entidades protestantes nacionales y los conflictos religiosos inherentes.

En el cuarto capítulo, McIntyre examina detenidamente la actuación, no exenta de controversia, del Instituto Lingüístico de Verano (ILV) en Oaxaca. Este análisis sirve como un prisma adicional para entender cómo se entrelazan la identidad étnica y la religiosa, y cómo distintas Iglesias y proyectos nacionales pugnan por reclamar la “verdadera” identidad étnica indígena. Los pastores protestantes del ILV comenzaron sus labores en México en 1930, contando con el respaldo del gobierno federal y su estrategia de integrar a las comunidades indígenas al proyecto de una nación mestiza. Movidos por el deseo de traducir el Nuevo Testamento a todas y cada una de las 16 lenguas indígenas reconocidas oficialmente en Oaxaca, estos pastores no solo se convirtieron en los creadores de los primeros alfabetos para idiomas autóctonos, hasta entonces únicamente orales, sino que también produjeron material bilingüe, no siempre con contenido religioso. Desde 1970 hasta 1990, estos misioneros sufrieron expulsiones como resultado del cambio en la política indigenista del gobierno, que transitó de favorecer políticas de asimilación indígena hacia una promoción de la autonomía multicultural. Fueron acusados de actuar como agentes del neoimperialismo cultural y de saquear sitios sagrados prehispánicos. Sin embargo, con su labor de traducción contribuyeron a forjar una generación de educadores bilingües locales que consideraron que la

revitalización de las lenguas indígenas debía tomar rumbos seculares. McIntyre, en una visita a los cuarteles del ILV en Mitla durante su trabajo de campo, descubre traducciones del Nuevo Testamento en variantes locales de lenguas como el mixteco, zapoteco, mazateco, triqui, chinantino, cuicateco y chocho (p. 127). Los misioneros protestantes defendían que difundiendo su religión a través de las traducciones estaban apoyando la preservación de las identidades culturales indígenas. No obstante, tenían opositores que reclamaban la verdadera identidad étnica indígena —aquella que trasciende el idioma— y criticaban que su fe disuadía a los conversos de participar en prácticas de trabajo colectivo (tequio o gueza) y en festividades comunitarias, elementos ambos esenciales en la vida de sus pueblos.

En el quinto capítulo se abre un paréntesis para explorar la situación de la “Iglesia institucional” católica, definida por McIntyre como la contraparte de la “Iglesia popular”. Esta “Iglesia institucional” refiere a las jerarquías eclesiásticas, con un enfoque particular en los mandatos emitidos desde Roma que buscan preservar la uniformidad en la doctrina y práctica católicas (p. 133). Desde 1980, este segmento de la Iglesia Católica ha ido perdiendo presencia en el panorama religioso de Oaxaca, mientras que las iglesias evangélicas y pentecostales han experimentado un crecimiento casi exponencial. McIntyre asocia este declive a las luchas internas dentro de la Iglesia católica oaxaqueña. La autora hace referencia al trabajo de Enrique Marroquín, sociólogo y religioso, quien documenta cómo se reprimieron corrientes internas como la Teología de la Liberación y la Iglesia Católica Progresiva. Estas corrientes poseían interpretaciones divergentes de las visiones canónicas sobre el papel de la Iglesia católica en la sociedad contemporánea, y por ende, se distanciaron de las realidades sociales de sus feligreses. Este fenómeno ha planteado numerosos desafíos para el catolicismo

oficial en Oaxaca: cada vez menos jóvenes muestran interés en formarse como ministros del culto. En contraste, el número de pastores protestantes sigue en aumento, dado que tienen la opción de formar familias y sus procesos de formación no son tan rigurosos.

Finalmente, en el sexto capítulo, McIntyre articula de manera meticulosa, mediante la exploración de diversos conflictos religiosos ocurridos entre protestantes y católicos en las décadas de 1980 y 1990 en comunidades indígenas de Oaxaca, su tesis principal: la limitada intervención de los niveles de gobierno local y federal en estas comunidades. En este segmento, la autora introduce la idea de que los convertidos al protestantismo no solo establecen sus propios espacios de culto, sino que también crean un espacio distintivo dentro de la comunidad, uno que reivindica una identidad étnica no atada al catolicismo popular. Este fenómeno daría lugar a la emergencia de una identidad novedosa, una que es simultáneamente protestante e indígena, que trasciende las fronteras geográficas tradicionales, desafiando así la noción prevalente de que, en Oaxaca, la identidad indígena está inextricablemente ligada a una estructura comunal, católica y tradicional.

McIntyre argumenta que la ratificación legal de los "Usos y Costumbres" en 1998 fue motivada más por intereses políticos que por una consideración genuina hacia las comunidades indígenas. Esta decisión, según la autora, no tomó en cuenta las potenciales tensiones que surgirían entre las crecientes poblaciones protestantes en Oaxaca y las profundamente arraigadas tradiciones vinculadas al catolicismo folklórico local.

En sus conclusiones finales, McIntyre ofrece una serie de reflexiones detalladas y profundas que van más allá de la descripción y análisis de los fenómenos presentados en los capítulos precedentes. Su idea central, que permea toda la obra, es un desafío

contundente a visiones simplistas previas sobre la omnipresencia y omnipotencia del Estado mexicano, especialmente en sus interacciones con comunidades indígenas.

McIntyre hace un esfuerzo por contextualizar sus hallazgos en una narrativa más amplia, vinculando los conflictos religiosos microscópicos en Oaxaca con las dinámicas nacionales e incluso globales de poder, identidad y resistencia. En ocasiones, el lector podría sentir que la autora se adentra en un análisis temporal extenso y considerar una multiplicidad de actores y escenarios relacionados con los conflictos examinados; mientras esto enriquece el análisis, en ciertos momentos puede dificultar el seguimiento del hilo argumentativo principal.

A pesar de que para los analistas externos, el descubrimiento principal acerca de la limitada capacidad de intervención del Estado en las comunidades regidas por Usos y Costumbres puede parecer revelador, para aquellos que crecimos y hemos vivido en Oaxaca, esta es una realidad bien conocida. Este conocimiento tácito es vital, ya que da testimonio de las luchas cotidianas y resistencias silenciosas de comunidades indígenas que, aunque marginalizadas, no son pasivas ni están completamente subyugadas.

El libro concluye reconociendo que los miembros de las iglesias protestantes en Oaxaca, principalmente pentecostales, están reconfigurando activamente las nociones de identidad en múltiples frentes: qué significa ser mexicano, ser cristiano, y ser indígena en el México contemporáneo (p. 190). Estos actores, lejos de ser meros receptores de influencias externas, están en un proceso constante de negociación y redefinición de sus identidades, en un país marcado por la diversidad y el cambio.

McIntyre invita a los lectores a reflexionar sobre la fluida y compleja interrelación entre etnicidad, religión y nacionalismo, y cómo

estos ejes de identificación y pertenencia se entrecruzan, colisionan y se reinventan en un escenario social dinámico y conflictivo. El valor de "Protestantism and State Formation in Postrevolutionary Oaxaca" radica no solo en su contribución académica, sino también en su capacidad para provocar una reflexión profunda sobre la pluralidad, resistencia y

transformación constantes que caracterizan a las comunidades indígenas en Oaxaca y, por extensión, en México.

Recibido: 30 de junio de 2023.

Corregido: 05 de abril de 2024.

Aceptado: 10 de abril de 2024.

Conflicto de interés: No existe conflicto de interés.